

ACADEMIA DE CIENCIAS SOCIALES
DE MENDOZA

*C*ONFERENCIAS
DE
*I*NCORPORACIÓN

REPÚBLICA ARGENTINA

METAFORAS DE LA ARGENTINA

Dra. *Gloria Videla de Rivero*

Agradezco a los miembros de la Academia que me hayan invitado a unirme a ellos en su tarea. Decía Atilio Dell'Oro Maini que la Academia no es un lugar de retiro ni de descanso, ni el privilegio de los que dieron por cumplida su misión. Es un centro de trabajo donde desde el ángulo de cada personal vocación y competencia se estudia y medita sobre los grandes problemas de la Nación.

Una antigua tradición de las Academias asigna un nombre ilustre al sitio que ocupa el nuevo miembro. Me propusieron que fuera yo misma quien lo eligiera: he querido poner mi tarea en esta Institución bajo la advocación del gran humanista español Dámaso Alonso (1898-1990): sabio, erudito, ensayista, lingüista, crítico literario, profesor -más aún: maestro-, poeta, hombre de extraordinaria riqueza cordial y gran generosidad, amigo de sus amigos, padre de sus discípulos.

Su obra crítica continúa la obra de los grandes maestros españoles: Marcelino Menéndez y Pelayo, Ramón Menéndez Pidal, pero marca un hito personalísimo que aúna las intuiciones de un lector apasionado y cultísimo con el propósito de conferir a los estudios literarios un espíritu científico o -como él decía- "cuasi científico", ya que no quería dejar fuera de la crítica la vibración emocional y humana. Fue el gran maestro de la escuela estilística española y sus aportes dividieron en dos (antes y después de Dámaso) la aproximación a textos y a autores españoles desde la Edad Media hasta nuestros días: baste citar su estudio sobre la poesía de San Juan de la Cruz, a quien asedió "desde esta ladera", desde el ángulo de sus fuentes y recursos literarios, pero permitiendo así una mejor captación del "otro lado del cielo", al

cual el místico español, "el pájaro solitario", para usar una de sus bellísimas figuras, se aproximó como pocos, tal vez me atrevería a decir como nadie, si la figura de Santa Teresa no me impusiera cierta cautela. Este es pues mi homenaje a Dámaso Alonso, agónico buscador de Dios a través de su agónica poesía, gran crítico, querido maestro.

¿Cómo puedo meditar sobre los problemas sociales desde el ángulo de mi peculiar vocación: el cultivo de las letras, sobre todo el de la crítica literaria? El tema de mi discurso de incorporación es una de las posibles respuestas a esa pregunta. La Academia de Ciencias Sociales está ubicada en un aquí y en un ahora. Ese "aquí" es Mendoza, la Argentina, Hispanoamérica. Ese "ahora" sólo es comprensible con el conocimiento de un proceso histórico-social que subyace y condiciona nuestras realidades sociales actuales. Pero junto al proceso de los hechos histórico-sociales hay -ya como causa, ya como efecto- un proceso de ideas-fuerzas, de pensamientos definitivos, plasmados en palabras, que han tratado de interpretar no sólo el devenir de nuestro país, sino también a nuestro país mismo, su destino, su figura espiritual, su esencia.

La pregunta sobre el ser argentino, sobre sus características y problemas ha sido una constante en nuestras creaciones literarias, sobre todo en el ensayo de indagación nacional, pero también en otros géneros literarios: la narrativa, el teatro, la poesía, hasta en las letras de las canciones populares... ¿Qué es, cómo es la Argentina? ¿Cómo son los argentinos? ¿Cuál es nuestro rostro? ¿Cuáles son nuestras máscaras? ¿Qué valores nos movilizan? ¿Elegimos caminos adecuados para llegar a certeras metas o transitamos laberintos inconducentes, desvíos que nos extravían o que nos movilizan tras falsas quimeras? ¿Elegimos nosotros nuestros caminos?

Muchos escritores lúcidos, desde la época del Descubrimiento y la Conquista, han registrado sus experiencias, sus postulaciones, sus interrogantes sobre nuestro apabullante territorio, sobre nuestra desconcertante historia, sobre nuestro misterioso destino. Una de las formas lingüísticas y literarias para la indagación y la definición de la Argentina y de los argentinos es la metáfora. No sería pertinente en esta

oportunidad hacer una aproximación teórica a esta figura retórica que utilizamos permanentemente en nuestro lenguaje cotidiano y a la que recurren los escritores con intención en buena parte estética pero también descriptiva, cognitiva o definitoria, ya que la metáfora nos aproxima a la verdad profunda de un ser. Bástenos recordar que la metáfora consiste en expresar una idea con el signo de otra, con la cual guarda cierta analogía o semejanza. Por otra parte, debo aclarar que no me ceñiré en mi exposición sólo a metáforas, ya que los escritores se valen también de otras clases de imágenes emparentadas, como la metonimia o el símbolo.

Una enumeración amplia de las metáforas o de otras imágenes que definen a la Argentina y a los argentinos nos conduciría a un tratado sobre el tema, no adecuado para esta ocasión. Seré por lo tanto muy selectiva y examinaré sólo algunas imágenes, sin pretender tampoco analizarlas en todos sus matices.

Graciela Scheines, en su libro *Las metáforas del fracaso. Desencuentros y utopías en la cultura argentina* (1993)¹ destaca sobre todo cuatro familias de imágenes que se refieren a América y a la Argentina: paraíso, utopía, barbarie-civilización, laberinto... Yo me referiré en mayor o menor grado a las que se relacionan con las dicotomías utopías-país real; civilización y barbarie; Norte-Sur; criollos-inmigrantes; país superficial-país profundo; motor económico-motor sapiencial; país litoral-país mediterráneo; país nutricio- país gestado...

Graciela Scheines concede gran importancia a **los rasgos utópicos** de la idiosincrasia americana. Considera que sus imágenes (paraíso, Ciudad de los Césares, Trapalanda, plata, oro...) se perfilan ya desde las cartas y crónicas del descubrimiento y la Conquista de América: nuestras tierras fueron identificadas desde antes del descubrimiento como espacio feliz o ámbito de maravilla. Las fuentes de la esperanza utópica están en Platón (*Critias* y *Timeo*), en Séneca (*Medea*) y en los mapas de la Edad Media que mostraban unas islas prometedoras. Varios ensayistas han estudiado el valor movilizante que tuvo la utopía en las desmesuradas aventuras que enfrentaron

descubridores y colonizadores. Entre ellos Marta Castellino, en su ensayo "Eternos buscadores del Paraíso (Los argentinos y su literatura)"² se refiere al motor utópico y lo remonta a la época del descubrimiento del Río de la Plata (el "Mar Dulce" de Solís): "Desde entonces, los argentinos -dice- viven en la tensión constante de la búsqueda. Desde entonces, en fin, la utopía con su encanto peligroso pero a la vez creativo, pone sitio al país real" (p. 171). La utopía está ya presente en nuestro nombre: Argentina procede, como es sabido, del latín: "argentum". El poeta Martín del Barco Centenera fue quien contribuyó a la difusión de este nombre al publicar en 1602, en Lisboa, su extenso poema titulado *Argentina y conquista del Río de la Plata, con otros acaescimientos de los reynos del Perú, Tucumán y estado del Brasil*. La invención del título hace alusión a las supuestas riquezas que los conquistadores buscaron en las montañas y en los ríos, hecho que está expresado en los primeros versos del poema:

Y aunque uso este nombre por respeto
a quien vido cierta plata allí primero
yo entiendo que ha de haber grande tesoro
algún tiempo de plata allí, y de oro.

Castellino, como Scheines, señala que el proceso de ilusión de encontrar riquezas, condujo al desengaño, ya que la dura realidad de la tierra inhóspita se encargó de desencantar a los esperanzados conquistadores (p. 174). Pero del proceso hacia el desengaño y del desengaño mismo, surgen otras creaciones: ciudades, instituciones, arte, cultura, vida espiritual. La importancia que Scheines concede al acicate utópico a lo largo de toda nuestra historia, determina el título de su ensayo: *Las metáforas del fracaso*: hombres alternativamente esperanzados y desesperanzados, eternos Sísifos que cuando acaban de subir la pesada piedra hasta lo alto de la montaña se encuentran con que ésta vuelve a rodar cuesta abajo. Los ensayistas que analizan este tema llegan a variadas conclusiones: desde la exhortación a asumir el país o la América "real" hasta el reconocimiento del valor creador de caminar

hacia un país soñado.

Otra pareja de conceptos que han resultado definidores de América y de la Argentina son los de "**barbarie y civilización**". Esta dicotomía es utilizada con diversos matices por los distintos escritores. En el *Facundo* de Sarmiento, *barbarie* connota sobre todo lo natural, lo pre-cultural; la campaña es bárbara, la ciudad es civilizada; la barbarie es el desierto, la soledad, el horizonte incierto, la inseguridad, la resignación ante la muerte violenta... En esta geografía, el gaucho será un malhechor o un caudillo. Frente a esta realidad está la ciudad, más precisamente Buenos Aires, sinónimo de vida en sociedad, de civilización, de vida moderna y europeizada. En *Amalia* de José Mármol, en cambio, estos conceptos tienen otro matiz: la barbarie se halla en pleno corazón de la ciudad culta como corrupción, como degradación, como violencia del poder³. Ríos de tinta han corrido en torno a estas dos concepciones, que parten por lo general de una óptica eurocéntrica. En efecto: aún cuando estas denominaciones sean utilizadas y verbalizadas por argentinos tan argentinos como Domingo Faustino Sarmiento, la civilización se identifica con Europa, o -en menor medida- con su hija consolidada, la cultura norteamericana. Civilización y barbarie: dicotomía signada por la mirada europeizante, mirada modernizadora, progresista, que caracterizó a los hombres del '80 y a sus predecesores liberales, a los positivistas influidos por el cientificismo, enamorados de las novedades técnicas y del progreso.

No es poco lo que debemos a esos ímpetus civilizadores en el plano de la creación de escuelas, de hospitales, de instituciones promotoras de la ciencia, de la instrucción, del sanitarismo, de las vías y medios de comunicación, de la urbanización... Pero también la dicotomía originó desencuentros con la propia identidad, un "no ser lo que se es", un "no ser donde se está"...

La Argentina se enamoró de Europa. El viaje a ese Continente se convirtió en el *desideratum*. Un halo de prestigio rodeaba a los viajeros, cuyos relatos llegaron a constituir un importante *corpus* literario. Las memorias, las crónicas, las cartas que apesaban las impresiones de estos viajes tenían no sólo un tono de deslumbramiento

sino también un fuerte valor modélico: así es el Norte, al que debemos parecernos. Las familias acomodadas confiaban la educación de sus hijos - y lo siguieron haciendo hasta muy avanzado nuestro siglo- a las Misses (a las que María Luisa Bemberg intentó representar en su película "Miss Mary"), a las Mademoiselles (retratadas por Victoria Ocampo en su autobiografía), a las institutrices nórdicas (ficcionalizadas por Rodolfo Modern en su "nouvelle": *La señora Hellgaarth sale de paseo*⁴...).

Pero ese motor civilizador, al que debemos tanto, sepultó o ignoró o postergó u olvidó valores que latían en la llamada "barbarie": el arraigo en la tierra, el folklore, las tradiciones y hábitos sociales hispánicos, la fe religiosa -que siguieron transmitiendo las mujeres en el hogar cuando su difusión fue erradicada de la escuela pública-, el carácter sincrético y el costado mestizo de nuestra cultura, que siguió sin embargo vivo en nuestra toponimia, en muchas de nuestras costumbres alimentarias, en la mentalidad de vastos sectores de la población... Fue tal vez una de las batallas del Norte contra el Sur, librada intestinamente de Sur a Sur.

Podríamos pues señalar una nueva dicotomía metafórica que intenta representar a la Argentina: **el Norte, el Sur**. Diré a vuelo de pájaro que el Sur es un interesantísimo símbolo que aparece en nuestra literatura a través de diversas formas genéricas, desde la narrativa a la canción popular. ¿Cómo no recordar el tango "Sur": "Sur, paredón y después/ Sur, y una luz de almacén...."

El Sur aparece también con variedad de matices, según los escritores: son los confines, el límite entre lo civilizado y lo incivilizado, la línea de los fortines bordeando el desierto, el desierto mismo, el sitio donde la violencia es inevitable (recordemos por ejemplo el magnífico "Poema conjetural" de Borges, que narra el momento en que Narciso de Laprida, hombre de leyes y de orden (el Norte), se encuentra, con júbilo, "con su destino sudamericano" (el de la violencia, el de los instintos, el de los hombres valerosos e indómitos):

Yo, que estudié las leyes y los cánones,
Yo, Francisco Narciso de Laprida,
cuya voz declaró la independencia
de estas crueles provincias, derrotado,
de sangre y de sudor manchado el rostro,
sin esperanza ni temor, perdido,
huyo hacia el Sur por arrabales últimos.

Yo que anhelé ser otro, ser un hombre
de sentencias, de libros, de dictámenes,
a cielo abierto yaceré entre ciénagas;
pero me endiosa el pecho inexplicable
un júbilo secreto. Al fin me encuentro
con mi destino sudamericano⁵.

O el cuento "El Sur"⁶, también de Borges, donde el personaje Juan Dahlmann, notorio *alter ego* del autor, intelectual criado en la ciudad de Buenos Aires, va a terminar sus días en un almacén rosado del Sur, en un duelo de facones -o al menos así lo sueña-. El personaje del cuento, como Laprida en el "Poema conjetural", siente una íntima fruición: la del encuentro con su autenticidad profunda, con su verdadero rostro, sin máscaras, con su mitad negada. Esa mitad escindida pero siempre presente subyace también en el autor Borges, "en la discordia de sus dos linajes" y escinde consciente o inconscientemente la conducta de muchos argentinos.

También en la narrativa de Sábato aparece la contraposición "Norte"- "Sur". En *Sobre héroes y tumbas* se presenta un contrapunto entre personajes históricos del pasado y personajes ficticios del presente narrativo. Tanto el Alférez Celedonio Olmos (parte del derrotado ejército de Lavalle) como Martín del Castillo, joven del siglo XX, sienten que se derrumban las refulgentes torres de sus ideales adolescentes. Tanto Martín como Celedonio descubren desde sus fracasos una torre "refulgente, indestructible", por la que vale la pena vivir. En paralelismo novelesco, mientras las tropas unitarias buscan la frontera Norte con urgencia desesperada, Martín se marcha a la

Patagonia blanca y pura, al Sur⁷.

Aunque con matices diferentes a los de Borges, también en *Sábato el Sur* es el encuentro con la realidad y consigo mismo. El Sur, en este autor, es un volver a empezar desde el derrumbe, es la esperanza empecinada. Es una paradójica salvación por la aceptación de la realidad despojada de quimeras, es la asunción de la caída de los sueños para buscar un destino madurado en la adversidad, tal vez un nuevo sueño, pero más próximo a las circunstancias reales. Es tal vez aceptar que aquí abajo "nunca viviremos en primavera" pero insistiendo en la siembra, tal vez para una primavera escatológica.

En *Marechal*, el Sur está también cargado de ricas significaciones. El autor, hijo de inmigrantes españoles y franceses, madura su argentinidad en el campo de unos tíos, en Maipú, provincia de Buenos Aires. La pampa, las tareas agrícolas y ganaderas, los cielos estrellados de este hemisferio, le darán el arraigo y el sentido de pertenencia. Esta experiencia personal será transferida a su personaje novelesco: Adán Buenosayres y será recreada en otros textos.

País utópico, país real; civilización y barbarie; Norte, Sur... Las imágenes se van imbricando e interactuando, como las realidades del país se interactúan y se imbrican.

Accedemos así a otra dicotomía: **criollos-inmigrantes**. La mirada civilizadora de quienes pensaron que gobernar era poblar, coincidió con la necesidad de Europa de aligerarse de su población. Y se produjo el fenómeno inmigratorio, tan ampliamente testimoniado por nuestra literatura. Y surge otra metáfora: el duelo de Santos Vega con Juan Sin Ropa. El viejo payador criollo, hasta entonces invencible, pierde en el contrapunto cuando se enfrenta con un joven desconocido. Si bien en nuestro folklore se identificaba a este joven con el diablo, los cambios histórico-sociales que aparejó el fenómeno inmigratorio hicieron variar el significado del símbolo y Juan Sin Ropa pasó a connotar al inmigrante, que comenzaba a desplazar al criollo.

Criollos patricios, criollos gauchos, comienzan a contraponerse en las obras literarias con los llamados "gringos", "gallegos", "turcos", por nombrar sólo a los grupos inmigratorios más numerosos. Sin

embargo, en la literatura -como en la realidad- Santos Vega y Juan Sin Ropa poco a poco van dejando de ser antagonicos y se van integrando⁸.

Fue un viajero español, José Ortega y Gasset, quien postuló la imagen de "la forma interior" que debía ser ofrecida con firmeza por los criollos patricios para absorber en ella a los inmigrantes⁹. Esta idea fue recogida por Eduardo Mallea, por Leopoldo Marechal y por otros escritores de su generación que en las décadas del 30 y del 40 reflexionaron con fervor sobre la Argentina. Todavía no nos habían convencido de que había que erradicar los sentimientos patrios para servir al fenómeno o a los intereses de la globalización.

Mallea y Marechal toman de Ortega y Gasset, decíamos, la imagen de "forma interior", que conjugan con otras imágenes orteguianas. Cuando el español define al argentino en un ensayo de 1929, lo llama "hombre a la defensiva"¹⁰. Observa en muchos argentinos falta de autenticidad: "no asistimos a su vivir espontáneo sino a su *representar*, no a su cara sino a su careta" (p. 649). El argentino (se refiere al de la década de los años 20) es un hombre a la defensiva a quien le falta fluidez y le sobra empaque, que se preocupa excesivamente por su figura o su puesto social (p. 652). La escisión entre la persona auténtica y la figuración o papel social, está más acentuada en el hombre aún no argentinizado, traído por el mar, quien siente al país como factoría, que en el hombre propiamente argentino, plasmado en la tierra: durante unos años la Argentina sufrirá de histórica indigestión", profetiza (p. 652).

A partir de la incitación intelectual de Ortega y de sus propias vivencias y lecturas, Mallea diseña las imágenes de los dos tipos de argentinos, de las dos Argentinas: **la Argentina visible** y **la Argentina invisible**. El argentino visible coincide básicamente con "el hombre a la defensiva" de Ortega. Es aquel que está más atento a su representar que a su vivir, hombre con gran capacidad receptiva a todo estímulo cultural, pero más atento al brillo dérmico de la inteligencia que al pensar profundo y original, cultor del gesto y del ademán vacío y de la insinceridad jactanciosa, hombre que pone su valía personal en sus pertenencias materiales y en las apariencias, que aspira a deslumbrar por

la ostentación de sus posesiones reales o aparentes. El argentino invisible, en cambio, es un hombre rico moralmente, con vocación de sabiduría, con cultura natural, con apego a la tierra, hospitalario sin cálculo de trueque, generoso, solidario, con sentido de comunidad, con una religiosidad natural que lo une con los hombres y con todos los seres, con voluntad de crear. Estos hombres, no ostensibles, profundos, subterráneos, se contraponen *creando* a aquellos que se quedan en la representación del *personaje*, narcisistas y autodefensivos.

La dicotomía de Mallea trasciende al modelo del hombre argentino para diseñar dos modos de ser hombre. El hombre atento a las apariencias, a lo exterior, y el hombre atento a la verdad interior se corresponden con el hombre viejo y el hombre nuevo del que habla San Pablo en su "Epístola a los Cristianos de Efeso", 4, 24. Mallea enriquece el diagnóstico de Ortega desarrollando más la contrapartida positiva del argentino ostentoso, a la luz de la Biblia, de la literatura religiosa, ascética y mística y de corrientes filosóficas de moda en su época, como el personalismo de Mounier¹¹.

Pero ninguno de los dos extremos de ser argentino o de ser hombre se da en estado químicamente puro. Piensa Mallea que todos estamos parcialmente contaminados del "argentino visible", aunque éste se dé con más intensidad en Buenos Aires que en el interior del país, más en la ciudad que en el campo, más en unas personalidades que en otras.

El diagnóstico tiene aún hoy vigencia. Pensamos que, aunque silenciosos y ocultos, sólo los argentinos metaforizados en la "invisibilidad" de Mallea pueden seguir plasmando *la forma interior* de nuestro pueblo. Este entramado podría salvarnos de la disgregación nacional, de la absorción indiscriminada en otras fauces, de la venta total del país en pública subasta, si es que el proceso de disgregación en el mundo globalizado es aún modificable, si es que pudiéramos o quisiéramos participar en el proceso como socios que exigen sus derechos para el país y no para cuentas bancarias particulares. Si Juan Luis Gallardo acierta cuando supone en su novela de ciencia ficción futurista *Omega 666*¹² que a fines del siglo XXI ya no existirá la

Argentina, los "ex-argentinos invisibles" habitarían en el interior de un volcán en el sur de lo que alguna vez fue la Argentina, preparándose con otros hombres para regresar a la superficie y formar una nueva humanidad.

Motor económico-motor sapiencial: En la misma línea de pensamiento se encuentra la imagen con que Marechal caracteriza a Buenos Aires en su *Adán Buenosayres*. Allí la llama "la ciudad del buho y de la gallina", la de los hombres pensantes e insomnes ("el buho") y la de aquellos de vuelo rastrero ("la gallina"). Llama también a Buenos Aires, representativa de la Argentina: "la ciudad de la industria y del comercio".

No desprecia Marechal a una Argentina con espíritu de industria y de comercio, sino al endiosamiento de los valores económicos como rectores de la sociedad. Esta idea se clarifica en su ensayo "Autopsia de Creso"¹³: Creso: el productor de riquezas materiales, cumple una función social, es necesario. Sus funciones son producir y distribuir equitativamente la riqueza en todos los miembros del organismo social. Pero debe estar subordinado a los valores sobrenaturales y al bien común de la sociedad: al orden y a la justicia. Debe guardar interior y exteriormente una escala de valores. La riqueza es medio, no fin individual ni social, su poder movilizante debe subordinarse a metas o valores más altos. Ya lo había profetizado antes Leopoldo Lugones: "Si el país pone su honra en el comercio, el comercio acabará con su honra".

Volveré sobre esta idea enseguida, pero quiero recoger otra dicotomía de imágenes que quedó insinuada cuando me referí a las dos Argentinas de Mallea. La poco equilibrada relación entre **el país y su capital o entre las ciudades del litoral fluvial u oceánico y las ciudades del interior o mediterráneas**, ha quedado plasmada en imágenes metafóricas: el contenido semántico de las imágenes, como en las dicotomías anteriormente comentadas, varían de autor en autor y están también condicionadas por el contexto histórico e ideológico. Por ejemplo, Alberdi describe en sus *Bases* (1852) y en sus *Cartas quillotanas* (1853) al hombre nuevo que logrará la grandeza argentina.

Su modelo es el hombre del litoral, antítesis del hombre mediterráneo. En su concepción, la ciudad mediterránea "es el resultado de la política de aislamiento y monopolio de la colonización española, distinta a la de progreso y expansión de la ciudad litoral". El hombre del litoral es hijo del siglo XIX, "fruto de la acción civilizadora de la Europa actual (se refiere a la del pasado siglo) que se ejerce por el comercio y la inmigración". El hombre mediterráneo es obra de la Europa del siglo XVI, de la España de la Conquista, que "se conserva intacta"¹⁴.

Un siglo después, Bernardo Canal Feijóo invierte la valoración de la dicotomía. En su *Confines de Occidente* (1954) y en su *Teoría de la ciudad argentina* (1961) postula que el país embudo se evade por su puerto-puerta, que la cultura evasiva del litoral ha de contrarrestarse con la del interior, la mediterránea, que supone un diálogo con el paisaje y con la historia, que asume lo próximo y concreto. Avalando esta exhortación cita unos misteriosos versos del *Martín Fierro*: "Despacio, ande el sol se esconde/ tierra adentro hemos de tirar./ Algún día hemos de llegar,/ después sabremos a dónde". El hombre del litoral tiende al desarraigo y es necesario equilibrar esta tendencia con un arraigo de apertura universalista. Es preferible ser un basto algarrobo arraigado, antes que un evasivo junco nominalista y retórico¹⁵.

He recorrido textos literarios publicados a lo largo de poco más de un siglo, desde *Bases de Alberdi* a *Teoría de la ciudad argentina* (1961) de Canal Feijóo. Voy a avanzar en el tiempo sólo con un texto literario más: el cuento de Isidoro Blaisten "El crimen del Diputado Estigmati", inserto en su libro *Al acecho* (1995)¹⁶, que nos ofrece una metáfora del **país corrupto**. El diputado se ha construido una enorme casa en un inmenso parque circundado por una muralla de acrílico antibalas. La enorme piscina se ha convertido en una réplica americana del estanque de los nenúfares de Monet. Semillas de irupé han crecido en el agua y se han expandido desmesuradamente. La pileta olímpica se ha cubierto en toda su extensión de flores y hojas de la planta americana. En el fondo, en el légamo pardo, se entreven las espinas, los tallos larguísimos, las raíces enredadas. Las flores y hojas flotantes son muy bellas, lo que subyace bajo el agua oleosa es feo y

complicado; a veces surge un olor nauseabundo que procede de las flores podridas.

El motivo de la piscina con flores surge como un *leit motiv* a lo largo de todo el cuento. No tardamos en comprender que Blaisten ha incorporado una nueva y triste metáfora a la ya rica serie de imágenes que se han ido elaborando sobre la Argentina: la del país en el que las apariencias brillantes o frívolas esconden una casi indisimulada y muy generalizada corrupción.

Utopía y país real, esperanza y desesperanza, civilización y barbarie, Norte y Sur; Argentina visible e invisible, ciudad de la gallina y del buho, ciudad litoral y ciudad mediterránea, estanque de las flores de irupé... Podríamos ampliar mucho esta lista y ampliar también los contextos que explican sus múltiples matices de significación.

Pero cerraré mi exposición con un último par de imágenes elaboradas por Leopoldo Marechal y que corresponden a la dicotomía **país nutricio y país gestado**: la Argentina-madre de pechos reventones y la Argentina-niña. De la Patria-madre nos nutrimos, con frecuencia abusivamente, como el Diputado Estigmetti y todos aquellos que en él se simbolizan. Pero la Patria es también y debe ser, como una niña a la que damos a luz permanentemente, en cada una de nuestras acciones y creaciones, en nuestras pequeñas y grandes labores, en nuestras minúsculas o heroicas empresas. Como fue una niña para los patricios que la gestaron, para los gauchos que la regaron con su sangre, para quienes la pensaron y construyeron, para quienes la piensan y construyen día a día, empecinadamente.

El pensamiento ensayístico tiende a categorizar las realidades que busca definir en forma dicotómica, a veces maniquea. Sabemos que la realidad humana e histórica es compleja y ambivalente. Sabemos que los polos se matizan e interactúan. Que "el otro" puede ser la contracara o el complemento de uno mismo, que los contrarios se atraen, se seducen... Sabemos que nuestra identidad colectiva se va fraguando entre contradicciones. ¿Hacia dónde? ¿Cuál será nuestro rostro definitivo?¹⁷. Borges nos responde, dialogando con el país:

Eres más que tu largo territorio
Y que los días de tu largo tiempo,
Eres más que la suma inconcebible
de tus generaciones. No sabemos
Cómo eres para Dios en el viviente
Seno de los eternos arquetipos,
Pero por ese rostro vislumbrado
Vivimos y morimos y anhelamos,
Oh inseparable y misteriosa patria¹⁸.

NOTAS

1. Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1993, p. 204
2. En *Certamen Literario Vendimia '91*. Mendoza:Ediciones Culturales de Mendoza, 1991, pp.169-203.
3. Cf. M. Rosa Lojo. "Amalia: la barbarie como antinaturalidad". En: *Anales de Literatura Hispanoamericana*. Madrid:Universidad Complutense, 1991, n° 20, p. 79-101.
4. Buenos Aires: Editorial Fraterna, 1989, pp.139-198.
5. En *El otro, el mismo*.
6. En *Ficciones* (1994).
7. También hacia el sur las aguas de un río arrastran la pobre carne de Lavalle, que ayudará a germinar nueva vida.
8. Las relaciones "criollos-inmigrantes" han sido variadamente metaforizadas. Por ejemplo, en *Alamos talados*, la novela de Abelardo Arias, los "álamos talados", si bien simbolizan el fin de la adolescencia del protagonista, también significan el avance del inmigrante sobre el poder económico-social y sobre las costumbres criollas.
9. He tratado más extensamente el tema de las ideas orteguianas sobre la Argentina en mi artículo: "Ortega y Gasset en las letras argentinas". En *Anales de Literatura Hispanoamericana*, Madrid: Universidad Complutense, 1991, pp. 165-178.
10. "El hombre a la defensiva", en *El espectador*.
11. Cf. Enrique Fernández. "Contexto religioso y mensaje profético de "Historia de una pasión argentina", en *Cuadernos Hispanoamericanos*, n° 324, jun., 1977, pp. 532-540. Cf. además: Nidia Burgos. "Mallea y

el personalismo: textos significativos para un paralelismo", en *La Argentina y Europa (1930-1950)*, Bahía Blanca: Departamento de Humanidades, Universidad Nacional del Sur, 1996, pp. 21-46.

12. Buenos Aires: Vórtice, 2a. Ed., 1996, p. 281.
13. En *Cuadernos de navegación*. 3a. Ed., Buenos Aires: Editorial Sudamericana, pp. 49-90.
14. Sheines. *Op. Cit.*, p. 56.
15. Cf. mi artículo: "Los problemas de la cultura argentina según Bernardo Canal Feijóo". En *Revista de Literatura Modernas*. Mendoza: Facultad de Filosofía y Letras, UNC, n° 16, 1983, pp. 161-167.
16. Buenos Aires: Emecé, 1995, pp. 159-212.
17. "¿Nunca viviremos en primavera?" se pregunta Javier Pacheco en su novela del mismo nombre (Mendoza, Círculo de Amigos, 1982, 1982, p. 206. Y esperanza es más escatológica que terrenal.
18. "Oda compuesta en 1960", en *El hacedor*.